

Entorno, política y conciencia: Pasos hacia una ecología cultural del monocultivo del olivar en Jaén

Environment, Politics and Awareness: Toward a Cultural Ecology of the Olive Tree monoculture in Jaen

José PALACIOS RAMÍREZ

*Universidad Católica San Antonio de Murcia **

Resumen: El monocultivo del olivar en Jaén, al sur de España, constituye una verdadera curiosidad tanto por sus implicaciones sociales como por sus impactos ecológicos. Este trabajo trata de proponer algunas reflexiones sobre dicho objeto y su proceso histórico de conformación, desde una perspectiva ecológica y cultural. Además, se plantearán los principales retos que éste sistema debe enfrentar en un futuro no muy lejano, desde varios puntos de vista: ecológico, político y de conciencia. El autor se apoya en una experiencia etnográfica pasada, además de en procesos reflexivos más recientes sobre un sistema cultural que tiene para él especiales implicaciones por ser «nativo».

Palabras clave: Ecología; Política; conciencia; Antropología; monocultivo olivar; sostenibilidad; equidad.

Abstract: The olive tree monoculture in Jaen, at the South of Spain, constitutes a true curiosity both for its social implications as well as its ecological impacts. This work tries to propose some reflections on that object and its historical process of make up. Besides that the main challenges witch that system must side in a near future will be consider. The author relies on a past ethnographic experience, in addition that more recent reflexive processes on a cultural system witch have for him special implications for being a «native».

Key words: Ecology; Politics; Awareness; Anthropology; Olive Tree Monoculture; Sustainability; Equity.

* Recibido: 20 de julio de 2017. Aceptado: 5 de septiembre de 2017.
Email: jpalacios@ucam.edu.

*Dentro de la claridad del aceite y sus aromas,
indican tu libertad la libertad de tus lomas*

Miguel Hernández, *Andaluces de Jaén*

1. MÚLTIPLES PLANOS TRAS EL «MAR DE OLIVOS»

El olivo, árbol milenario, uno de los símbolos arquetípicos del Mediterráneo, goza de una omnipresencia casi total, incontestable en los paisajes –hasta diríase que urbanos– de la provincia de Jaén, al sur de España. Esta presencia masiva es visible también en otras provincias andaluzas, como en la campiñas cordobesa o sevillana, pero seguramente algo comparable en densidad y extensión pueda encontrarse en muy pocos lugares del mundo además de en Jaén. Frente a su aparente sencillez geométrica, contemplado como sistema económico-ecológico, como paisaje cultural, lo que define al monocultivo del olivar en Jaén es su complejidad, los múltiples planos que encierra, o dicho con otras resonancias teóricas, lo enrevesado de todo aquello que queda oculto entre y bajo la superficie de olivos ordenados linealmente. El conocido «mar de olivos» giennense esconde una verdadera *multiplicidad* (Deleuze; Guattari, 2002) de órdenes materiales y simbólicos, de racionalidades y de realidades extremadamente heterogéneas y diversas, que conectan con algunos de los dilemas y aspectos problemáticos enunciados, a su manera y en su momento, por los versos más conocidos de la poesía que encabeza este texto. Pero que a su vez se amplían y actualizan *antropológicamente* en el marco del *presente* y de un cuestionamiento por el *futuro* (Rabinow, 2007), en este caso en relación con términos como desarrollo, sostenibilidad o equidad.

O al menos esa es la premisa en la que pretendo apoyarme en las reflexiones que siguen, toda vez que considero que cuestionarse sobre un entorno profundamente embebido de presencia e intervenciones humanas desde un punto de vista antropológico, como es el cultivo del olivar en Jaén, supone no solo interesarse por su forma de interconectar con el medio atendiendo a su eficiencia o capacidad para reorientarse de manera adaptativa. Ni tampoco se reduce a abordar de manera socio-históricamente situada los procesos de despliegue y superposición de sistemas «capitalísticos» sobre sistemas tradicionales (Wolf, 1987; Taussig, 1983), sino que dicho ejercicio debería incluir también, por supuesto, el cuestionamiento crítico sobre los costes y efectos «secundarios» de pretender sostener este tipo de modelos a futuro (Biersack, 1999: 10). Algo que además desemboca rápidamente en algunas de las principales preocupaciones contemporáneas, que revelan los límites de determinadas racionalidades científico-técnicas.

En una extensa revisión sobre el tópico *Anthropological Ecology*, Orr, Lansing y Dove (2015: 154 ss.) delimitan dicho campo de conocimiento como la confluencia de los intereses y temáticas elaboradas en tres áreas: *system ecology*, *political ecology* y *cognitive science*. Estos tres ámbitos ejemplifican el desarrollo de toda una *tradición* antropológica de interés por las interacciones entre sistemas humanos y entornos ambientales que, a partir de la década de los 80, habría confluído en la elaboración de conocimientos a partir de realidades localmente *situadas*, en contraste con los sistemas de intervención experta «desde arriba». La cuestión que pretenden resaltar los autores es que un conjunto de ideas *bastante familiares* para la tradición ecológico-cultural en Antropología: como pueden ser el *énfasis en la capacidad de agencia humana*, la *necesidad de reconectar los ámbitos físicos y humanos de conocimiento*, o el *questionamiento sobre qué es particular y qué es común* en los diferentes modos humanos de habitar el planeta. Se han vuelto presentes, incluso urgentes a un nivel social y científico mucho más extenso, toda vez que la intensificación global de las interacciones y mediaciones humanas con el entorno natural de la más reciente fase de modernidad, conceptualizada por Bruno Latour como *Antropoceno* (2014), nos habría llevado a pensar en la extinción de especies, inclusive la autoextinción como posible «legado» civilizatorio.

Vaya por delante además que la propuesta de una mirada antropológica al olivar giennense no pasa por ningún tipo de idealización naturalista sobre los entornos sobre los que se extiende, en lo que puede verse como un enorme ejercicio adaptativo en términos socioeconómicos. Lógicamente, que el medio está profundamente moldeado por la acción humana en Jaén, y que una hipotética historia de la extensión del olivar en la provincia remite tanto a límites ecológicos-ambientales, como a limitaciones y costes sociales y humanos, devenidos de la asignación de roles socioeconómicos y políticos subalternos. Pero pensando en esa hipotética historia, es precisamente en su carácter paradójico donde radica el interés. La evidencia arqueológica e histórica nos indica (Ávila Rosón; Fernández Sánchez, 2009: 11ss.) la presencia del olivo en toda la cuenca mediterránea durante el Paleolítico, primero en forma de algún tipo de *progenitor* silvestre, y ya de manera cultivada en el Neolítico, seguramente en forma de desarrollos simultáneos en toda el área. Pero, la primera extensión del cultivo sistemático, en forma de plantación en el sur de España, es como parte del Imperio Romano. Resulta curioso cuando menos que una planta tan arraigada en el medio natural se haya podido extender fruto de la integración/subsunción de las realidades locales dentro de un entramado productivo regional/mundial. Y lo mismo sucede si se piensa en la parte moderna de la historia. Resulta igualmente curioso que la historia moderna del olivar en Jaén no solo es el cultivo industrial más reciente, como también en

las décadas previas, por la capitalización prácticamente única de las esperanzas y estrategias de reproducción social de las poblaciones campesinas locales, siempre dentro de lógicas impuestas desde afuera/arriba.

Esta idea de un carácter esencialmente paradójico del olivar, de que bajo su ordenada apariencia geométrica oculta muchos órdenes distintos, me remite en la búsqueda de metáforas conceptuales de corte ecológico a las nociones de Gilles Deleuze y Felix Guattari, de *espacios lisos* y *espacios estriados*. Esta distinción les sirvió a estos autores para desarrollar sus ideas nietzscheanas sobre el *ser* y el *devenir* (Freire, 2005: 160). Resulta sugerente en este caso porque mientras que los *espacios lisos* remiten en sus resonancias deleuzianas a la *indeterminación*, a la *multiplicidad en potencia*, plasmada en ejemplos como *el mar*, *el desierto*, *los pueblos nómadas sin escritura o la experiencia sensorial*, en el caso de los *espacios estriados*, las resonancias remiten a la determinación, la aplicación de lógicos o la planificación racionalizada.¹

En todo caso, no era mi intención conducir mi argumentación por estos niveles de abstracción, así que trataré de ejemplificar con más claridad lo que quiero decir. Situando nuestro punto de vista en el plano quizás más obvio y llamativo, es decir, «simplemente» contemplando el olivar como la extensión de olivos ali-

1 «El espacio liso y el espacio estriado, —el espacio nómada y el espacio sedentario—, el espacio en el que se desarrolla la máquina de guerra y el espacio instaurado por el aparato de Estado, no son de la misma naturaleza. Unas veces podemos señalar una oposición simple entre los dos tipos de espacios. Otras debemos indicar una diferencia mucho más compleja que hace, que los términos sucesivos de las oposiciones consideradas no coincidan exactamente. Otras, por último, debemos recordar que los dos espacios sólo existen de hecho gracias a las combinaciones entre ambos: el espacio liso no cesa de ser traducido, transvasado a un espacio estriado; y el espacio estriado es constantemente restituído, devuelto a un espacio liso [...]. Por último, existe una tercera diferencia que concierne a la superficie o al espacio. En el espacio estriado se delimita una superficie y se “reparte” según intervalos determinados, según cortes asignados; en el liso, se “distribuye” en un espacio abierto, según las frecuencias y la longitud de los trayectos (logos y nomos). [...] No podemos contentarnos con oponer direccionalmente el suelo liso del ganadero-nómada a la tierra estriada del cultivador-sedentario. Es evidente que el campesino, incluso sedentario, participa plenamente del espacio de los vientos, de las cualidades sonoras y táctiles. Cuando los antiguos griegos hablan del espacio abierto del nomos, no delimitado, no fraccionado, campo preurbano, ladera de montaña, meseta, estepa, no lo oponen a la agricultura, que, por el contrario, puede formar parte de él, lo oponen a la polis, a la urbe, a la ciudad. [...] desde los tiempos más remotos, desde el neolítico e incluso el paleolítico, la ciudad inventa la agricultura: bajo la acción de la ciudad, el agricultor, y su espacio estriado, se superponen al cultivador todavía en espacio liso (cultivador transhumante, semisedentario o ya sedentario). Por eso podemos encontrar a ese nivel la oposición simple que en principio rechazábamos entre agricultores y nómadas, entre tierra estriada y suelo liso, pero pasando indirectamente por la ciudad, en tanto que fuerza de estriaje. Por tanto, no sólo el mar, el desierto, la estepa y el aire, son el lugar de una confrontación entre lo liso y lo estriado, también lo es la propia tierra, según que exista una agricultura en espacio-nomos o una agricultura en espacio-urbe» (Deleuze y Guattari, 2002: 483-489).

neados que se extiende casi desde cualquier punto de la geografía giennense hasta donde se pierde la vista, de forma regular, sin apenas señal de continuidad para los ojos no preparados. El paisaje del monocultivo del olivar en Jaén es ya de por sí algo fascinante. Y valgan para ilustrarlo solo algunos «datos» meramente descriptivos que pueden situar al lector no familiarizado con la cuestión. Según datos manejados por investigaciones recientes (Sánchez Martínez; Ortega Ruiz, 2016: 377 ss.), el olivar ocupa en torno a 1.5 millones de hectáreas en Andalucía, algo así como el 30% de la superficie agrícola, estimación que, en el caso de la provincia de Jaén, asciende a algo más de dos tercios de la superficie agrícola de toda la provincia. De las cuales, una buena parte es ya superficie de regadío (Junta de Andalucía, 2010: 45), que pese a la implementación de técnicas de riego por goteo, hace ya tiempo que parece haber llegado su límite de explotación de los recursos acuíferos disponibles (Palacios Ramírez, 2004).

Toda esa enorme extensión de olivares está compuesta a su vez por un conjunto heterogéneo de «olivares» donde pueden distinguirse antigüedades, tipos de plantaciones, tipos de labores agrícolas o grados de pendiente muy distintos. Además, en el caso de la provincia de Jaén, habría que puntualizar que el sector claramente predominante dentro de dicho conglomerado (y esto tiene además resonancias simbólicas más amplias que las meramente socio-económicas) es la producción de aceite de oliva. Sin duda la producción oleícola ha sido la protagonista destacada, y hasta el motor de las más recientes etapas del proceso de extensión del monocultivo olivarero, que a pesar de contar con repuntes en distintos momentos desde finales del siglo XIX y todo el XX, tiene en la década de los 70 una clara intensificación que no ha cesado aun entrado el siglo XXI. Aunque ciertamente, el verdadero salto cualitativo, la verdadera «mutación», deba situarse en torno al año 1986 (Junta Andalucía, 2002: 2), primero (durante los 70) de forma preparatoria, con el Plan Nacional de Reestructuración y Reconversión Productiva del Olivar, que prolongaba «experiencias planificadas» de modernización previas, como el Plan Jaén, ligadas esencialmente a planteamientos productivistas cercanos a la llamada revolución verde.² Así, posteriormente y de forma definitiva, con la entrada de España en la Comunidad Europea, marco en el cual la Política Agraria Comunitaria (PAC), a través de las subvenciones a la producción (Sánchez Martínez; Gallego Simón; Araque Jiménez, Eduardo, 2011), dará el espaldarazo a este «proceso de monocultivización», de asignación regional de un

2 Este plan buscaba dar respuesta a la crisis del sector en los 60, fruto de cambios demográficos y de consumo, esencialmente a la popularización de otro tipo de grasas vegetales. Para ello promocionó campañas de plantación, e intentó facilitar la mecanización y la intensificación de los cultivos, a través de la introducción de abonos químicos, productos fitosanitarios el regadío, o la plantación de olivos de un solo pie.

rol socio-económico y político especializado para Jaén y otros lugares del «sur» (Palacios Ramírez, 2007). Este será el momento a partir del cual, entran a escena las grandes explotaciones manejadas por la industria alimentaria, así como toda una serie de mejoras en las formas de extracción del aceite, que culminarán la «industrialización» de la olivicultura en Jaén.

Pero ¿por qué este largo recuento? ¿por qué afirmaba al comienzo del mismo que en cierto modo esta era la forma más simple de mirar el paisaje del olivar en Jaén? Primero porque en cierta forma ese esquemático y precario relato histórico, presenta *grosso modo*, lo que en muchos casos podría llegar a aceptarse en un relato «políticamente correcto» sobre cómo el olivar ha llegado a ser en Jaén lo que es hoy día. Y eso es algo interesante para ser problematizado. Segundo porque ese relato opera de manera simbólica, restando complejidad a nuestras formas presentes de entender/explicar los procesos que han conformado dicha realidad. Naturalizando así los procesos que han conducido a la centralidad del olivar y la olivicultura como elementos clave de cualquier tipo de proyecto socioeconómico a futuro, que pueda pensarse para Jaén. No se trata solamente entonces de que en su interior el paisaje del olivar contenga distintos tipos de sistemas productivos, pertenecientes a distintas épocas o momentos de modernización, sino de que contiene las huellas de diferentes estrategias familiares de reproducción, nichos locales de producción/adaptación ambiental, las huellas en muchos casos fantasmales de otros paisajes giennenses que fueron, en realidad o en potencia.

En mi caso personal, si hablamos del olivar en Jaén, hay que sumar además unas implicaciones muy especiales. Antes que nada, soy *nativo* de Jaén, nací y crecí allí, mi memoria personal y familiar va inevitablemente ligada de forma sustancial «a las olivas». Mi padre, mis abuelos paternos, las visitas de niño al pueblo, las labores agrícolas del olivar y las épocas de cosecha de la aceituna son episodios recurrentes y muy significativos hasta prácticamente mi adultez. Por si fuera poco, el olivar, la olivicultura en Jaén, fue piedra de toque en mis primeros pasos como etnógrafo (Palacios Ramírez, 2006). Y he de decir que, en ambos sentidos, como «nativo» y como «científico social», mantengo la sensación personal de no haber llegado a dar cuenta en toda su complejidad del dilema ecológico-cultural que supone el olivar para Jaén. Esa sensación es el origen de este texto.

2. UNA OPORTUNIDAD INCIDENTAL PARA REPENSAR LO DICHO

Al final de la introducción afirmaba que mi sentimiento hacia el sistema (bio-eco-tecno-socio-económico-político) del monocultivo del olivar en Jaén es de insatisfacción en un doble sentido. En lo que respecta al ámbito académico, y vaya por delante mi culpabilidad de todos los errores e insuficiencias que se me pue-

dan achacar, nunca he tenido la sensación de que el punto de vista ecológico cultural que pretendía proponer, fuera visto como un aporte sustancial. Ni siquiera en el sentido de integrar diferentes conocimientos provenientes de distintas ramas de conocimiento. Mi sensación en ámbitos académicos se refleja muy bien en el comentario que un «experto» me hizo una vez sobre mi tesis doctoral en ciernes, «sobre la economía del olivar todo lo que hay que decir está dicho, en Jaén es lo que hay y hay pocas más opciones». En todo caso puede decirse que el lugar idealmente concebido en Jaén para una hipotética perspectiva etnográfica sobre el olivar y sus modos de vida estuvo siempre en algún punto entre ciertas concepciones folkloristas y el incipiente estudio de las culturas populares. Lo que ocurre es que, planteado desde posiciones teóricas actuales (Marcus; Fischer, 2000: 123 ss.), cualquier posibilidad de reflexión sobre dicho objeto, pasa justamente por cuestionar las concepciones populares (institucionalmente sostenidas), sobre una supuesta unión intemporal que enlaza la antigüedad y el presente, el olivar y Jaén.

De hecho, durante el tiempo en que trabajé sobre el olivar, pude participar en la compilación de dos trabajos colectivos sobre el tema, uno (Anta Féléz; Palacios Ramírez, 2002) centrado en reunir aproximaciones en clave «cultural» a los distintos tropos del olivo/olivar como objetos culturales; el otro (Anta; Guerrero; Palacios, 2005) centrado en reunir trabajos de perspectiva ecológica, económica y social. Resulta muy curioso, visto con la perspectiva que da el paso del tiempo, darse cuenta de como por ejemplo en el primer caso ni uno solo de los trabajos compilados se centra en las complejas interrelaciones entre «naturaleza y sociedad» (puede verse Descola; Palson, 2001), lo cual informa al menos parcialmente de las concepciones de cultura puestas en juego. Mientras que, en el caso del segundo libro, a pesar de que su carácter interdisciplinar ofrece sin duda una interesante panorámica, también es a su manera sintomático. Pues pese a que desde ambos «lados», socio-económico y ecológico, se analizan cuestiones entre las que hay claros ejemplos de interrelaciones sistémicas: economía política, género, representaciones simbólicas, alternativas naturales de control de plagas, sostenibilidad, paisajes erosivos o destrucción de humedales asociada al regadío, no hay ninguna visión sistémica que integre analíticamente todas estas cuestiones.

Y realmente algo similar sucede si pienso en las «personas de a pie», mis informantes, conocidos, algún periodista local que me entrevistó con motivo de la citada investigación, e incluso el público ante el que en ocasiones he expuesto no solo mis ideas sino determinadas cuestiones de carácter ecológico-cultural bastante evidentes. Por una parte, he de decir que evidentemente resulta relativamente sencillo encontrar en las percepciones de muy distintos tipos de persona en Jaén elementos problemáticos, críticas, e incluso cierta incomprensión a propósito de las lógicas imperantes en la olivicultura y sus efectos sociales. Incluso en ocasio-

nes uno puede encontrarse reflexiones espontaneas que expresan cuestiones bastante profundas. Siempre recuerdo una expresión de JM, uno de mis informantes, con el que trabajé como parte de la «cuadrilla» que él mismo «llevaba» para recolectar sus plantaciones. En una ocasión volviendo en el coche de un día de trabajo, conversábamos sobre temas de lo más variados, JM me decía que no entendía bien en lo que se estaba convirtiendo la mentalidad de los olivicultores, el mundo del olivar en Jaén, y lo resumió en una frase muy significativa: «es que es trabajar más para comprar más olivos, para trabajar más y comprar más olivos y así...». Al mismo tiempo y, por el contrario, una conversación en tono crítico sobre el olivar, suele tener un límite simbólico, en el sentido de que de manera implícita siempre se parte de un vínculo emocional/identitario, que quizá se podría explicitar con algo como «sí, es un problema, pero es nuestro problema».

Aunque antes de seguir, y teniendo en cuenta que mi «viejo» trabajo sobre el olivar es en cierto modo nuclear en mi relato, creo que merece la pena que me permita un nuevo rodeo en mis reflexiones, que sirva para contextualizar un poco mis referencias a este trabajo. En el trabajo en el que se basó mi tesis doctoral, el olivar giennense era uno de los dos casos etnográficos que servían de base comparativa para reflexionar sobre las similitudes y diferencias de los procesos de imbricación y los efectos locales de formas de cultivo agrícola de carácter comercial (olivar y café) que se asientan sobre sistemas locales de cultivo tradicional. Al tiempo que conforman estructuras económico-productivas capitalistas plenamente actualizadas e integradas mundialmente. En dicho relato teórico, la ecología, lo ecológico, aparecía de forma transversal, como límite ambiental, político y también de «mentalidad». También desde la perspectiva que da el paso del tiempo, dicho trabajo puede verse como un magnífico ejemplo de intento fallido de superación de la economía política antropológica clásica (Roseberry, 1988), por medio del énfasis Batesoniano en la integración holística de campos y perspectivas, en los efectos de las concepciones y percepciones sobre los procesos adaptativos.

Fundamentalmente mi experiencia de campo se centró en pequeños y medianos propietarios, con los que pude contactar mediante la sempiterna «bola de nieve», a partir de enrolarme a trabajar en una cuadrilla durante dos campañas de recolección, algo para lo cual me resultó de mucha utilidad mi experiencia previa en el ámbito familiar. Si bien la cuadrilla de trabajo se reunía en torno a JM, con la función primera de recolectar la cosecha en las varias propiedades familiares (su padre, médico retirado, aún vivía, y ninguno de sus dos hermanos se dedicaba a esos menesteres). Éste a su vez ejercía de mediador, es decir, a cambio de cubrir sus gastos (vehículo, maquinaria, combustible), buscaba conocidos o familiares en otros lugares para recoger sus cosechas, y así completar la temporada de cosecha, y según los casos también el número de peonadas necesarias para cobrar

el llamado «paro agrícola». Esto me permitió «realizar campo» en distintos tipos de contextos, plantaciones de árboles antiguos y nuevos, de grandes troncos y de un solo pie, en la sierra con grandes pendientes y en la suave campiña. Fundamentalmente estos ámbitos tenían, tienen en común que conectan un conjunto de racionalidades prácticas, técnicas y percepciones socio-cognitivas híbridas, «ensambladas» (Collier; Ong, 2004) como conjuntos, entramados materiales y significativos, tradicionales y modernos, o mejor dicho, de elementos articulados pero procedentes de distintos momentos sociales, de distintos procesos/experiencias de modernización.³

En cuanto a ámbitos de experiencia, en lo que se refiere al enfoque económico del manejo de las explotaciones agrícolas, las técnicas de laboreo o la recolección, podría decirse que lo habitual era encontrarse con un manejo muy artesanal, más ligado a los ciclos de trabajo tradicionales que a una idea moderna de gestión. En las labores y la recolección, sin embargo, entre los pequeños y medianos productores lo común era encontrarse con todo el repertorio de no muy complejas tecnificaciones que la capacidad económica y el terreno permitiesen (abonos, plaguicidas, vibradora, remolque). Sin embargo, aún era posible encontrarse con expresiones o elaboraciones simbólicas de carácter emotivo, generalmente ligadas a memorias familiares, en torno a los olivos más antiguos. Aunque en realidad la irrupción en los 90 de las grandes explotaciones, y de la industria alimentaria como actor, desde entonces también en la base de la pirámide productivo-comercial, ha sido lo que ha marcado la pauta que se ha transmitido a través de las pedagogías del desarrollo rural y el sector durante mucho tiempo. Ya en un sentido más sociológico, resultaban muy interesantes los momentos en los que podía participar de la vida social de las cooperativas, apreciar la percepción implícita de las mismas por los productores. En cierta forma era bastante instrumental, reducida a ámbitos concretos, al uso individualizado de recursos colectivos, no a la cooperación, a usos y estrategias comunes. El proceso de actualización de estas organizaciones ha sido y seguramente aún es lento, y en buena parte así se ha querido que sea.

En síntesis, aunque mis fundamentos teóricos partían de la economía política, del análisis de ejemplos locales de los procesos de mundialización capitalista (Wallerstein, 1989), el espíritu de mi interés antropológico por el olivar siempre fue batesoniano. En el sentido integrador, holístico a la hora de articular sucesivos puntos de vista, pero también en el sentido de intentar romper con ciertos dua-

3 Cobo de Guzmán (2010), en su etnografía sobre los procesos de patrimonialización de la memoria colectiva de un poblado minero en Sierra Morena, utiliza la noción de «experimentos de modernidad» para abordar el análisis de un ejemplo de este tipo de experiencias sociales planificadas.

lismos epistemológicos que lastran la concepción de los problemas y la propuesta de soluciones (Bateson, 1999: 372-373).⁴ Pero lo cierto es que se trata al fin y al cabo de un intento fallido, sobre todo en el sentido de que al final de todo el proceso de investigación, mi percepción del «problema del olivar» en Jaén seguía siendo pesimista, la de un problema histórico asignado por una estructura económico política que no tiene solución, y eso al fin y al cabo no parece mucho que ofrecer.

Años después, recientemente, recibí una invitación para hablar sobre el olivar en Jaén, de parte de una asociación local dedicada a organizar debates sobre temas de interés social.⁵ Mi planteamiento inicial era no centrarme en mi antiguo trabajo de campo e intentar plantear puntos para el debate posterior. Aunque para ello sí que propuse varias cuestiones como marco general:

1. Lo que llamamos paisajes del olivar pueden considerarse una especie de artefactos bio-tecno-sociales,⁶ que además de producir buena parte de las realidades a las que da cabida, generan también una serie de determinaciones en la forma

4 «Pregunto pues ¿qué es –que clase de hábitos mentales– lo que nos lleva a prestar demasiada atención a los síntomas y demasiada poca atención al sistema? Y respondo a esta pregunta sabiendo con seguridad que tengo dos lugares en los que buscar la respuesta. Uno de ellos está en la historia natural de las instituciones médicas, y el otro es el resto de la civilización» (Bateson, 1999: 373).

5 Un antiguo profesor, con el que mantengo una relación de estima personal, me hacía llegar la invitación de la Asociación Jaén debate, para impartir lo que fue la conferencia: «Pasos hacia una ecología cultural del olivar de Jaén: ideas para un debate».

6 Uno de los conceptos más utilizados es la actualidad para dar cuenta de esta mediación socio-tecnológica es la noción foucaultiana de dispositivo: «Technologies of government are those technologies imbued with aspirations for the shaping of conduct in the hope of producing certain desired effects and averting certain undesired events. I term these human technologies in that, with these assemblages, it is human capacities that are to be understood and acted upon by technical means. A technology of government, then, is an assemblage of forms of practical knowledge, with modes of perception, practices of calculation, vocabularies, types of authority, forms of judgment, architectural forms, human capacities, non-human objects and devices, inscription techniques and so forth, traversed and transected by aspirations to achieve certain outcomes in terms of the conduct of the governed (which also requires certain forms of conduct on the part of those who would govern. These assemblages are heterogeneous, made up of a diversity of objects and relations linked up through connections and relays of different types. They have no essence. And they are never simply a realization of a program, strategy or intention: whilst the will to govern traverses them, they are not simply realizations of any simple will» (Rose, 1999: 52; pueden verse también Esposito, 2012; Agamben, 2015). Pero sin duda esta cuestión de la crítica a las concepciones tecnocéntricas y reduccionistas dominantes en las sociedades occidentales permitiría organizar una interesante genealogía de autores heterodoxos provenientes de muy distintos campos de interés, donde además de los mencionados Bateson o Deleuze y Guattari, encontraríamos también Simondon (2007) o Munford (2013).

en la que los sujetos (individuales, colectivos e institucionales) insertos en dicho entramado, perciben los procesos de organización, control o problematización del cambio.⁷

2. Como dispositivo fruto de procesos históricos de constitución, el olivar debe contener elementos, formas de hacer, saberes y prácticas que remiten a otras formas posibles en distintos ámbitos como la representación simbólica de lo que es la sociedad alrededor del olivar, de la racionalidad que ordena el conjunto de relaciones, percepciones de los límites o formas de distribución de responsabilidades y beneficios.

3. Dichas percepciones, deberían servir para problematizar la experiencia histórica de la modernidad desarrollada en Jaén en torno al olivar, como una experiencia en buena parte fallida, pero dentro de procesos abiertos y creativos, que incluyan la mayor cantidad de puntos de vista encaminados a dirimir dentro de una «discusión pública» qué es lo esencial que como sociedad queremos mantener y qué estamos dispuestos a cambiar para que esto pueda ser así.

Tampoco puede decirse que en este caso tuviera mucho éxito. Mi exposición no resultó todo lo clara y sugerente que debiera, y aunque el diálogo posterior fue muy interesante, el resumen se puede sintetizar de nuevo en esa percepción del olivar como algo inevitable. Y conste que en realidad no puedo decir les falte razón, al menos en parte. Muchos de los presentes, más a través de sus experiencias personales que desde sus conocimientos académicos, propusieron «sus razones» en torno a esta inevitabilidad del olivar en Jaén. La idea del «derrame», de la imitación de patrones de conducta y estrategias socioeconómicas de los «señoritos» por parte de medianos propietarios que pudieron ver en la «monocultivación» una posibilidad de ascenso social y consolidación; la idea de que entre la década de los 60-70 muchos pequeños propietarios, ante la caída de precios en los cultivos cerealísticos y de leguminosas, vieron como única posibilidad realista el olivar, que

7 «En el caso de muchos pueblos, sus ideas acerca del sistema social del cual son parte están conformadas o in-formadas por una analogía entre ese sistema del cual *son* parte y el sistema ecológico y biológico más amplio del cual son los animales, las plantas y la gente –todos– son parte. La analogía es parcialmente exacta, parcialmente imaginaria, y parcialmente realizada –convalidada– por acciones que dicta la fantasía. De este modo, la fantasía se vuelve morfogenética, o sea, se vuelve un determinante de la forma de la sociedad. Esta analogía entre el sistema social y el mundo natural es la religión que los antropólogos llaman totemismo. En cuanto a analogía es a la vez más apropiada y más saludable que aquella otra analogía, familiar para nosotros, que pretende asimilar la gente y la sociedad a máquinas del siglo XIX» (Bateson, 2002: 155).

además ofrecía una menor demanda de trabajo y todas las «ventajas» de la pequeña revolución verde que se estaba llevando a cabo. El argumento de que, en realidad a nivel local, ya se ha hecho mucho en términos de sostenibilidad del sistema, a través de la investigación sobre el uso de los huesos de las aceitunas como biocombustible y del procesado de los desechos de la producción de aceite. O que las agencias de desarrollo comarcal han venido generando alternativas locales de empleo, desarrollo y patrimonialización de recursos. Y desde mi punto de vista no cabe duda de que todo eso es en buena parte cierto, pero también me parece que, de cara a plantearse la necesidad de cambios a futuro, o de cuestionarse por las causas históricas que han hecho posible que todo esto pueda ser así, se queda en un nivel descriptivo, reforzando ese vínculo racional-emocional que impide como un tipo muy particular de determinismo inmanente pensar otros paisajes.

3. «CONFESIONES ILONGOTAS» DE UN ANTROPÓLOGO NATIVO SOBRE RAZÓN Y EMOCIÓN EN CLAVE CULTURAL, O EL OLIVO COMO SÍMBOLO TOTÉMICO INDUSTRIALIZANTE

A menudo hago leer a mis estudiantes de Psicología el texto clásico de Renato Rosaldo «La aflicción y la ira de un cazador de cabezas» (Rosaldo, 2000: 23-44). Como es sabido, el texto parte de las reflexiones de Rosaldo sobre sus experiencias de campo entre los *ilongotes* en Filipinas, junto a su esposa Michelle, para estudiar la constelación de prácticas organizada en torno a los rituales de caza de cabezas. Rosaldo relata cómo estas prácticas de caza de cabezas de miembros de grupos vecinos,⁸ eran un muro contra el que chocaba una y otra vez, tanto a nivel de comprensión individual como a nivel teórico, ya que sus informantes rechazaban continuamente sus ideas sobre la posible existencia de un sistema *transaccional* de muertes y venganzas entre los diferentes grupos. A partir de ahí, la muerte accidental de su esposa durante el trabajo de campo, la vuelta a casa y el paso del tiempo le permiten reenfocar su interpretación de las razones «nativas» para sostener dicha práctica, asumiendo que es posible que efectivamente *sea* para dejar salir la aflicción de sus cuerpos. El texto del antropólogo chicano es un gran alegato en pos de la importancia de las pautas emocionales a la hora de interpretar sistemas de prácticas culturales, y por tanto en pos de otro tipo de explicaciones científicas sobre las acciones humanas.

8 Dichas prácticas, esenciales en el moldeo y la presentación de sí de los miembros masculinos del grupo, se realizaban básicamente en dos ámbitos y por dos tipos de sujetos: por los jóvenes dentro del proceso de aprendizaje como jóvenes guerreros; y como parte de procesos rituales de duelo, por parte de los hombres adultos. Además, estas prácticas no se limitaban a la cacería en sí, incluían también ceremoniales y rituales, con cánticos, narración de historias y alardes para recordar al guerrero fallecido.

Pero más allá de eso, hay un fragmento que me encanta y que quería traer a colación. Rosaldo cuenta que, durante su investigación, los ilongote se encontraban inmersos en complejos y dolorosos procesos de cambio en relación a la caza de cabezas. El dictador Marcos había decidido acabar con dicha práctica castigándola con la pena de muerte. Y paralelamente habían comenzado a llegar a la zona misioneros cristianos que ofrecían una conversión que era vista por los nativos como una forma de escapar de una situación en la que «guardar» la aflicción «dentro» podía llegar a consumirlos. Al parecer, en una ocasión, «unos amigos ilongots» les piden a él y a su esposa escuchar unas grabaciones que anteriormente habían realizado de un ceremonial de duelo relacionado con la caza de cabezas. Ellos aceptan, pero nada más comenzar a escuchar la grabación de los alardes cantados sobre un hombre que había muerto recientemente, el ambiente cambia, y alguien les pide que paren la grabadora, incluso les sugiere que quizá no es seguro que estén allí. En una tensa conversación que, en algún momento inquieta a los antropólogos, Isan, un informante con el que Rosaldo traba una especial relación, les aclara que no pueden soportar el dolor de escuchar esa canción y ver a los hombres jóvenes sabiendo que ya no habrá más caza de cabezas nunca más, y que le hubiera gustado aceptar la conversión totalmente y no sentir eso, pero no era así. Esa afirmación expresiva, sirvió a Rosaldo para comprender la difícil coyuntura en la que se encontraban los ilongote respecto a su práctica ancestral y la necesidad de cambiar.

El sentimiento de ese pasaje evoca en su profundidad casi indecible, ante el dilema de la decisión aparentemente racional y el impulso emocional, esa percepción emocional que a menudo se denota en lo referente al olivar en Jaén. A nivel simbólico, siempre me ha parecido que de algún modo el olivo puede considerarse como un tótem «industrializante» para Jaén en el sentido levi Straussiano (Levi-Strauss, 1999: 115 ss.). Particularmente en lo que tiene que ver con el papel *operacional*, *transformacional*, que el maestro francés otorga a estos entes simbólicos. Considero en ese sentido que el olivo conecta de manera intergeneracional diferentes estrategias de reproducción (con sus costes y efectos), desde los mecanismos «campesinos» de autoexplotación hasta la inversión de las remesas de la emigración, la idea de «juntar olivos» para dejarlos a los hijos (teniendo en cuenta que hablamos de herencia igualitaria), e incluso ya en fases más recientes que al menos las hijas estudiaran en la universidad, mientras el hijo podía desempeñarse de manera «dual» entre un oficio, en muchos casos ligado a la construcción y el cultivo familiar. Conecta (de manera simbólica, experiencial, institucional, burocrática y muchas más) el campo de las relaciones socio-económicas «capitalistas», ¿sustantivas?, con el de las prácticas y estrategias familiares, la economía moral.

No hay que olvidar que en torno al olivo desde la década de los 70 han cristalizado grandes procesos de capitalización, de bienes, rentas, pero también proyectos vitales y oportunidades (cumplidas o no) de distintos segmentos de la población. De ahí, que incluso puede decirse que conecta la percepción social de los límites ecológicos de este sistema con las formas de representación identitaria colectiva. Quizá por eso las narrativas culturales sobre el olivar en Jaén son sentidas pero problemáticas, y no precisamente en un sentido ecológico.

Más o menos en la misma época de la charla que mencionaba pude ver la película de Iciar Bollain *El olivo*. La película plantea como trasfondo un drama familiar, que gira en torno a la venta, por parte de los hijos, de un olivo centenario, con la desaprobación de un ya anciano padre/abuelo, que en el presente narrativo padece algún tipo de demencia. Y que tiene una conexión especial con una nieta, que protagoniza la historia principal, embarcándose en una curiosa *road movie*, para tratar de recuperar el olivo, ahora plantado en el edificio principal de una multinacional de productos agrícolas, que «vende» una idea comprometida ambientalmente como parte de su «filosofía». Resulta muy interesante como la película plantea en término *microfísicos* una cuestión de resonancias mucho más amplias. El olivo centenario como símbolo de vinculación afectiva a un mundo tradicional que además no idealiza, pero aun así ligado a un sentimiento moral de pertenencia muy fuerte, muy básico, vehiculado en las memorias de la nieta sobre sus juegos en el árbol, o la evocación de cuantas generaciones hacen falta para que exista ese olivo. Frente a lo que tuvo impacto como fenómeno mediático, la venta de olivos centenarios como elemento decorativo dentro de la enorme burbuja inmobiliaria.

La conexión del dilema económico-moral de tener que vender, aun sintiendo que está mal, con la defensa heroica de la nieta del deseo del abuelo funciona realmente bien, emociona y hace pensar. Quizá desde una óptica interesada en otro tipo de detalles, la película le presta menos atención al correlato más interesante del drama, los hijos, que en previsión de los derroteros económicos que tomaba la vida rural, y de la presumible salida de sus propios hijos de dicho ámbito, deciden, necesitan vender. Planteada desde el momento actual es toda una metáfora del proceso más reciente de apuesta por la extensión casi total del olivar como opción socio-económica.

Lo que por otra parte sí que está orientado con precisión casi etnográfica es la decisión de poner el foco en la decisión de vender o no. Como dije al comienzo soy de Jaén, mi padre llegó a la pequeña ciudad a la vuelta de un periodo como trabajador en Suiza, donde emigró desde un pueblo cercano a la capital. Aunque no era su profesión, poseía una pequeña propiedad de olivos, que servía como complemento (a veces real a veces simbólico) a la economía familiar, como suce-

de en muchos casos en Jaén. Para mí resulta totalmente familiar imaginar esas decisiones familiares sobre vender o no, las he vivido desde distintos ángulos, como adolescente cuestionador, como testigo de reuniones familiares más amplias, o de conversaciones sobre vecinos o conocidos. Y puedo decir que casi siempre tenían un tono dramático, intenso, a menudo conflictivo, similar en cierto modo al pasaje etnográfico de Rosaldo que evocaba. En estas conversaciones la posición moral era casi siempre la misma, es posible que a veces interese vender, pero en general no se puede cambiar la tierra por dinero, porque la tierra siempre tendrá un valor. Pero claro, al mismo tiempo hay que decir que, entre finales de los 70 y comienzos de la primera década del 2000, no solo se plantaron muchos olivos, también se compraron y vendieron muchos. Y además hay que añadir que en muchos casos esa estrategia «conservadora» de no vender tenía más que ver con que las pequeñas parcelas separadas, heredadas a veces, no era algo atractivo ni funcional salvo para vecinos de parcela o familiares de la zona, más que con conservar una posibilidad de otro tipo de estrategia económica.

En ese sentido, cuando de forma general se plantean juicios morales sobre los productores olivareros en Jaén y la supuesta «perdida de una oportunidad» con la producción subvencionada, o con la existencia de una supuesta «cultura de la subvención» o el «paro agrícola», creo que se demuestra una profunda comprensión de los procesos que han conformado dicha realidad. La actual socio-economía del olivar, apoyada institucionalmente desde las políticas europeas, debe entenderse dentro de estrategias más amplias de asignación de roles económicos (Palacios Ramírez, 2005), con el intento de compensar déficits históricos indeseables para una mínima integración en una economía de consumo y con la fijación de estas poblaciones a sus territorios. Es decir, si la generación de la chica de la película puede desempeñar ese papel de volver la vista atrás para reinterpretarlo todo, es seguramente gracias a la crisis económica y a unas tendencias de ajuste que ponen en peligro una forma de desactivar problemas sociales concomitantes históricamente en zonas como Jaén.

A propósito de esta dicotomía razón/emoción y su relación con el manejo cultural de los procesos de adaptación/cambio de los sistemas ecológico-culturales, A. Hornborg (2001: 62 ss.), en un trabajo incluido en la conocida compilación de Descola y Palsson, caracteriza como *monistas* (naturaleza/sociedad; racionalidad/emoción), aquellas percepciones sobre los dilemas eco-culturales y formas de manejo de éstos, que buscan el equilibrio a partir de una percepción holística e intuitiva de dichos sistemas y sus implicaciones. Para ello, propone como ejemplo arquetípico el conocido trabajo de Roy Rappaport (1987) sobre los ciclos de acumulación-sacrificio-guerra entre los *tsembaga* en Nueva Guinea. Para defender esta postura, Hornborg se hace eco de los ataques de Jonathan Friedman a

Rappaport, comentando su rechazo a considerar este tipo de sistema ecológico-cultural como un modelo de adaptación-manejo «humano», toda vez que no se apoya en un conocimiento empírico y sistemático, calculable, de todas las consecuencias de las acciones que se realizan. Sino que se reduce a un sistema que, de manera más intuitiva y experiencial, toma decisiones útiles con la vista puesta en rangos concretos, locales, de acción. Como respuesta a esta crítica, Hornborg se apoya en las consideraciones de Bateson, concretamente a la idea de que en el manejo de los sistemas ecológicos debería atenderse a la dimensión estética/trascendentalista que muchos grupos humanos han desarrollado en relación a sus paisajes culturales, ya que, aunque sea de manera intuitiva y no calculable para los sistemas técnicos de intervención de «arriba-abajo», dichas percepciones codifican conocimientos y posturas que remiten a la preservación de la diversidad y el equilibrio de los sistemas a nivel local (en una línea parecida puede leerse también el trabajo de Schriewer, 2012).

4. PERCIBIR EL PAISAJE DEL OLIVAR DESDE UNA DIVERSIDAD TAMBIÉN PLURALIZADA

Hasta el momento, el curso que han seguido mis reflexiones ha hecho que en varios momentos me haya apoyado en referencias a un trabajo y a unas ideas de hace algún tiempo. La verdad es que mis intereses de investigación han seguido posteriormente unos derroteros bastante diferentes, pero lógicamente no he dejado de tener contacto con el contexto social del olivar. Y además no hablaría muy bien de mi capacidad de aprendizaje si hoy sostuviese exactamente los mismos puntos de vista. Por ello, con la intención además de cambiar el tono argumentativo y de que lo que sigue a partir de ahora tenga un carácter quizá más propositivo, en la línea de poner encima de la mesa algunas cuestiones que sirvan para repensar el olivar como sistema socio-ecológico, de forma holística. El resto de texto se articulará en pequeños apartados concretos que me permitirán, además, jugar con la idea batesoniana de los «pasos» para una ecología diferente, en este caso sobre el olivar.

(1) Sostenibilidad/equidad: escenarios postdesarrollistas

Parece bastante claro que, a día de hoy, y de forma relativamente inmediata, los principales retos que enfrenta el olivar en Jaén como sistema socio-ecológico, están relacionados con desequilibrios ambientales concretos: agua, erosión y contaminación química de los suelos. Pero también con la sostenibilidad económico-política del sistema europeo de subvenciones, sobre el cual por ejemplo se había

insertado la vieja necesidad de disponer periódicamente de grandes cantidades de mano de obra, ahora personificada en los trabajadores inmigrantes, que al parecer no evocan en los productores giennenses sus propias y recientes experiencias migratorias. Un sistema, el de la producción olivarera, al que la atomización de las pequeñas y medianas propiedades, le había ofrecido la oportunidad, muy interesante para la industria alimentaria, de beneficiarse de un entramado flexible, en buena parte autónomo, y cuyos costes sociales corrían a cargo de las ayudas europeas. Es decir, una especie de sistema toyotista en toda regla, que a su manera reproducen también las escasas industrias que deciden asentarse en la provincia, como industria auxiliar de en la fabricación de componentes para coches, de maquilación de textiles o de ensamblaje de muebles de cocina para marcas de diseño italianas.

Pues bien, ya hace algún tiempo que comenzaron a aparecer evidencias científicas que apuntan a que las posibles soluciones a los dilemas fruto de las experiencias desarrollistas «verdes» parecen estar vinculadas con formas más integradas socialmente de plantear dichas soluciones (Pearce, 1988), como si sostenibilidad y equidad estuvieran conectadas de alguna forma en las respuestas que estos dilemas requieren. Evidentemente esto pone en el foco a nativos, indígenas, campesinos y agricultores, toda una serie de poblaciones y colectivos sobre los que la Antropología dispone de un amplio repertorio etnográfico de descripciones y conocimientos que quizá ahora precisa de un proceso de actualización (Kearney, 1996; Nash, 2001). Lo que quiero apuntar con esto es que el gran reto del sistema monocultivístico del olivar en Jaén, el primero, es que las políticas de desarrollo que lo han apoyado y conformado dejen de ser lo que han sido, experiencias discontinuas de armonización de las lógicas locales con reconfiguraciones de estructuras productivas y comerciales de tendencia nacional, regional o global, esto es externa, «vertical» en la no negociación de sus objetivos, prioridades y cálculo de costes. Para pasar a ensayar su conversión en formas negociadas de intervención basadas en criterios locales, no sociocéntricos en sus planteamientos y presupuestos epistemológicos (Escobar, 2000).

(2) Procesos de monocultivización

Me parece que la mejor forma de entender en conjunto el proceso histórico de transformaciones ecológicas y económicas que supone la conformación del actual monocultivo olivarero en Jaén, es abordarlo desde un entendimiento procesual, como un proceso de monocultivización, o mejor como sendos procesos de monocultivización, que marcarían no solo fases de expansión del olivar, y de relativos primero, y claros después, cambios en los marcos normativos, las estrategias

económicas o las formas de transacción (simbólicas y materiales), que también claro está. Sino, sobre todo, distintos tipos socio-históricos de experiencias con la modernidad, que pusieron en marcha o trataron de ajustar a nivel local, diseños socio-políticos más amplios, en los que el olivar siempre jugaba un papel central, y en los que su avance puede entenderse como un signo de la extensión de ciertas lógicas modernas en Jaén (Estado, mercado, identidad). Por supuesto la última fase de estos procesos sería la vivida a partir de los años 80 y el acceso a la CE. No pretendo profundizar demasiado en la caracterización de estos procesos, aunque sí animar a que los estudiosos de estas cuestiones en Jaén lo hagan. En todo caso, los pormenores ya han sido estudiados por otros autores, incluso a su modo fueron enunciados por algunos de los asistentes a la charla que relataba, en su posterior discusión. Posiblemente lo único que resta es alguna clave de interpretación integradora, global.

Lo que me interesa al hablar de esos procesos de extensión del monocultivo del olivar como experiencias históricas de modernización, es decir, como experiencias sociales frente a respecto a un horizonte concreto de prioridades, problemáticas e intervenciones legitimadas, es que se trata de experiencias concretas, que partiendo cada una de sus propias condiciones históricas de posibilidad, en cierta forma han materializado un resultado común, todo lo que incluye el actual monocultivo olivarero. Es decir, en el punto de vista que estoy proponiendo, cada nueva fase de transformaciones incluye elementos de la anterior. Claro que disemina una serie de prácticas y/o representaciones nuevas, pero a su vez resignifica o redefine las lógicas anteriores. Sirva de ejemplo, en la fase más reciente, prácticas como ahorrar, comprar una parcela nueva, poner riego y paralelamente enviar a la hija a realizar estudios universitarios. Lo que pretendo resaltar con esto es que, aunque fundamentalmente en las distintas coyunturas de extensión del olivar en Jaén han actuado lógicas, intereses o formas de transacción externas relativas a diseños regionales o globales, estos sólo se pueden comprender y analizar atendiendo a las particularidades de los procesos de ajuste local.

De esta forma puede pensarse en el monocultivo del olivar como en un dispositivo social, que *dispone de cosas y dispone las cosas de un modo particular*. Que de un modo cambiante pero continuo ha servido como elemento articulador de la extracción de riqueza, de grandes cantidades de fuerza de trabajo, del yacimiento de recursos de diverso tipo, que durante generaciones ha sujetado a ciertas poblaciones al territorio y a ciertos juegos de asignación económica política de papeles. Que en su última etapa, antes de la crisis económica, había dispuesto un sistema de complejos pero estables equilibrios entre una producción alimentaria industrial, externalizada, que recaía en los pequeños y medianos productores, y un

sistema de compensación social-estatal de los desajustes efecto de dicho sistema. De un sistema, en definitiva, que a su vez ha negado sistemáticamente la oportunidad de ensamblar otros tipos de sistemas posibles.

(3) Cuando no tener un plan parece lo más razonable

En el caso del olivar, al igual que otros muchos cultivos comerciales asentados sobre espacios y culturas productivas tradicionales, proponer alternativas integrales que permitan sustituir la dependencia de dichos cultivos, no resulta nada sencillo. No obstante, esto resulta aún más complejo si no se parte de un profundo reconocimiento del bagaje histórico que representan los procesos que han ido dando forma a esa realidad. El caso es que, si en unas primeras etapas el olivar ejerció de nexo central entre diferentes segmentos sociales, formas de acumulación y estrategias de reproducción/supervivencia (el olivar tradicional sólo pudo sobrevivir incrustándose en una primera agricultura comercial). En la fase más reciente, en la que generalmente se le ha criticado a los productores su incapacidad para dar el «salto cualitativo» de la producción de garrafas de 5 litros a lo que podríamos denominar, para entendernos, como modelo vinícola. Curiosamente puede que su «éxito», ese extraño equilibrio productivo-social haya sido el principal factor que ha impedido la posibilidad de desarrollar ideas de cambio (en este caso parece que el olivar productivista teme no poder superar la transformación sin dejar de existir como tal).

Por otra parte, la enorme crisis ecológica y económica en la que vivimos inmersos ha producido, como señalaba Latour, cambios de percepción, además de la puesta en marcha en diversos lugares de experiencias «alternativas», que en parte pasan por recuperación/recreación de saberes y prácticas tradicionales, entre las que lógicamente se incluyen muchas relacionadas con la «vuelta al campo», y con lo que esto implica leído desde posiciones de compromiso social y ambiental. Después de una rápida y puede que traumática transición en los procesos de modernización de los 60, de una cultura básicamente agraria a otra que no se reconocía como tal, la de los padres de la chica de la película «El olivo». La generación actual, al menos en parte y en cierta medida obligada por las circunstancias, sí parece estar volviendo la mirada atrás, a la búsqueda de posibilidades. Producción ecológica, convivencia de cultivos y recuperación de cultivos abandonados, recuperación de la ganadería, recuperación de zonas tradicionales de huertas, de especies locales y semillas. Todo ello intentando crear circuitos locales de comercialización. Por supuesto que por ahora son soluciones «parciales», incluso coyunturales, que parecen poca cosa en contraste con la gran estructura del olivarrera, pero en su conjunto estas nuevas prácticas apuntan a nuevas epistemologías,

a la posibilidad de la experimentación, y eso es lo que se debería estimular, aunque quizá no tenga los mismos réditos sociales ni electorales.

Lo que me llamaba profundamente la atención de la reflexión batesoniana de Hornberg sobre la discusión Rappaport/Friedman es que conecta justamente con esto. Friedman defiende que por equilibrado ecológicamente o integrado socialmente que sea un sistema dado, si este no se basa en procedimientos de ajuste que parta de una concepción técnico-científica y planificada, este no tiene ningún valor como ejemplo del que extraer lecciones. Por contra, el argumento batesoniano, además de proveer de una pauta de cautela y respeto ético-estético a la integración con el medio, que es lo que toma Hornberg, ofrece además un imperativo creativo en el sentido de que el único equilibrio posible se basa en el reajuste continuo, en tener en cuenta de manera creativa las sabidurías basadas en la experiencia. En cierta forma todas esas prácticas que se están enunciando en torno a los procesos de neo-ruralización, que se enmarcan en una renegociación mucho más amplia de los sentidos de lo «natural», sean efectivamente ejercicios aun parciales, inconexos, e incluso puede que en algún caso improductivos, pero quizá su estimulación o simplemente su existencia sea el caldo de cultivo necesario para que surjan otras ideas y puntos de vista.⁹

Aunque a veces no sea percibido así, considero que la mejor evidencia de que el monocultivo olivarero representa un verdadero dilema ecológico-político para Jaén es la posibilidad misma de que un cultivo tan «cultural», tan arraigado, pueda acabar en tan solo unos años, si la coyuntura comercial así lo determina, en extensos paisajes de olivares abandonados, sin recolectar ni cuidar, a la espera de que la «rentabilidad» dictamine lo contrario. Tal y como por ejemplo sucede en Murcia, donde vivo desde hace algunos años, con algunos cultivos de frutales. Luego, cabe preguntarse si desde las instituciones se están apoyando otro tipo de alternativas socio-económicas, si se están proponiendo, negociando con los productores algún tipo de medida para frenar la erosión, o si sencillamente se está esperando un nuevo proyecto-marco de modernización venido desde arriba al que apostar.

9 A menudo me gusta pensar en otros sentidos para el término experimento, en ejemplos tan dispares como F. Nietzsche, o los líderes del movimiento afroamericano por los derechos civiles, que a su vez tomaron la expresión de estar «trabajando en un experimento social» de las ideas de Ghandi en India, incluso en Skinner y su *Walden dos*. Algo que además de ser provocativo respecto a aquellos puntos de vista que parecen detentar la propiedad de la verdad y la pureza científica, abre la posibilidad a plantear otras ideas sobre las formas de intervención y la participación social.

5. CODA

En un reciente documental póstumo, realizado por una de las hijas de Gregory Bateson, Nora,¹⁰ se recoge una especie de parábola que al parecer éste narraba a menudo en su particular estilo narrativo. El entrevistado que narra la anécdota, la sitúa en una vetusta universidad, puede que Cambridge. En ella, el decano observa preocupado el deterioro de unas grandes vigas de roble que sostienen el techo del comedor, ya que conoce la dificultad de encontrar con cierta rapidez vigas de roble de ese tamaño, toda vez que son arboles costosos de cara a alcanzar ese tamaño. En un momento dado, uno de los encargados del cuidado y mantenimiento se acerca al decano para hacerle saber que, si lo necesita, existían unos robles que el personal de mantenimiento había estado cuidando durante décadas a tal efecto. «Así es como se maneja una cultura, decía Gregory», termina el relato el entrevistado. El único problema que le veo a esta anécdota, como a muchos de los juegos que proponía Bateson, es que a menudo pueden malinterpretarse. Claro que ni esa escala ni esa capacidad de adelantar la necesidad son a las que me estoy refiriendo cuando hablo del olivar en Jaén. La cuestión es otra en realidad, si una multitud de prácticas y saberes, apoyadas institucionalmente, pero promovidas desde abajo, pueden llegar a generar un cambio estructural, y hasta qué punto el vínculo, real o idealizado con una sensación de equilibrio o seguridad, puede jugar en contra de esto, sobre todo acabando con el factor esencial para adelantar las respuestas posibles a los cambios y sus efectos, el tiempo.

BIBLIOGRAFÍA

- AGAMBEN, Giorgio: *¿Qué es un dispositivo?*, Barcelona: Anagrama, 2015.
- ANTA FÉLEZ, José Luis; PALACIOS RAMÍREZ, José (eds.): *La cultura del aceite en Andalucía*, Jaén: Fundación Machado, 2002.
- ANTA, José Luis; PALACIOS, José; GUERRERO, Francisco (eds.): *La cultura del olivo. Ecología, economía, sociedad*, Jaén: Universidad de Jaén, 2005.
- ÁVILA ROSÓN, Juan C.; FERNÁNDEZ SÁNCHEZ, Jorge F.: «Ayer y hoy del olivo y de la producción de aceite», en Alberto Fernández Gutiérrez y Antonio Segura Carretero (eds.), *El aceite de oliva virgen: tesoro de Andalucía*, Málaga: Fundación Unicaja, 2009, pp. 9-35.
- BATESON, Gregory: *Una unidad sagrada. Pasos ulteriores hacia una ecología de la mente*, Barcelona: Gedisa, 1999.

10 *An Ecology of Mind. A Daughter's Portrait of Gregory Bateson*, Mindjazz Pictures, 2010.

- BATESON, Gregory: *Espíritu y naturaleza*, Buenos Aires: Amorrortu, 2002.
- BIERSACK, Aletta: «Introduction: From the 'New Ecology' to the New Ecologies», *American Anthropologist*, 101 (1), 1999, pp. 5-18.
- COBO DE GUZMÁN GODINO, Francisco: «La economía política de la patrimonialización y los grupos subalternos. Crítica cultural desde una etnografía plurilocal», *Sphera Pública*, 10, 2010, pp. 441-457.
- COLLIER, Stephen; ONG, Aiwai: «Global assemblages, anthropological Problems», en Aiwai Ong y Stephen Collier (eds.), *Global Assemblages: Technology, Politics, and Ethics as Anthropological Problems*, Nueva York: Blackwell, 2004, pp. 10-21.
- DELEUZE, Gilles y GUATTARI, Félix: *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*, Valencia: Pre-Textos, 2002.
- DÉSCOLA, Philippe y PÁLSSON, Gisli (coords.): *Naturaleza y sociedad. Perspectivas antropológicas*, México DF: S. XXI, 2001.
- ESCOBAR, Arturo: «El lugar de la naturaleza y la naturaleza del lugar. Globalización o postdesarrollo», en Andrés Viola (ed.): *Antropología del desarrollo. Teorías y estudios etnográficos en América Latina*, Barcelona: Paidós, 2000, pp. 169-216.
- ESPÓSITO, Antonio: *El dispositivo de la persona*, Madrid: Amorrortu, 2012.
- FREIRE, Heicke: «La escritura: espacio liso o estriado», *Escritura e Imagen*, 1, 2005, pp. 159-177.
- HORNBORG, Alf: «La ecología como semiótica. Esbozo de un paradigma contextualista para la ecología humana», en Philippe Déscola y Gigi Pálsson (coords.), *Naturaleza y sociedad. Perspectivas antropológicas*, México DF: S. XXI, 2001, pp. 60-79.
- KEARNEY, Michael: *Reconceptualizing the Peasantry. Anthropology in Global Perspective*, Los Angeles: Westview Press, 1996.
- LATOUR, Bruno: «Agency at the Time of the Anthropocene», *New Literary History*, 45 (1), 2014, pp. 1-18.
- LEVI-STRAUSS, Claude: *El pensamiento salvaje*, México DF: FCE, 1999.
- MARCUS, George; FISCHER, Michael J.: *La antropología como crítica cultural. Un momento experimental en las ciencias humanas*, Buenos Aires: Amorrortu, 2000.
- MUMFORD, Lewis: *El mito de la máquina. Técnica y evolución humana*, Madrid: Pepitas de Calabaza, 2013.
- NASH, June: *Maya Visions. The Quest for Autonomy in an age of Globalization*, New York: Routledge, 2001.
- JUNTA DE ANDALUCÍA: *El olivar andaluz*, Sevilla: Consejería de Agricultura, Pesca y Desarrollo Rural, 2002.

- JUNTA DE ANDALUCÍA: *Plan Director del Olivar Andaluz*, Sevilla: Consejería de Agricultura, Pesca y Desarrollo Rural, 2010.
- ORR, Yancey; LANSING, Stephen; DOVE, Michael R.: «Environmental Anthropology: Systemic Perspectives», *Annual Review of Anthropology*, 44, 2015, pp. 153-168.
- PALACIOS RAMÍREZ, José: «Un ensayo de economía política (fragmentaria) de Jaén a partir del agua», en Luis Álvarez Munárriz, Josefina Antón Hurtado y Javier Marín Ceballos (eds.), *Culturas del Agua*, Murcia: Editorial Godoy, 2004, pp. 315-331.
- PALACIOS RAMÍREZ, José: «Reflexiones antropológicas sobre las lógicas de la mundialización y el capitalismo avanzado como orden cultural», *Papeles del CEIC*, 19, 2005, <www.ehu.es/CEIC/papeles.19.pdf>.
- PALACIOS RAMÍREZ, José: *Capitalismo, globalidad y ecología cultural: hacia una economía política de la mundialización*, Granada: Universidad de Granada, 2006.
- PALACIOS RAMÍREZ, José: «Un ensayo comparativo sobre condiciones locales de producción y lógicas mundializadas de posibilidad», *Nómadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas*, 16, <<http://www.ucm.es/info/nomadas/16/josepalacios.pdf>, 2007>.
- PEARCE, David: «Economics, equity and sustainable development», *Futures*, 20 (6), 1988, pp. 598-605.
- RABINOW, Paul: *Marking Time: On the Anthropology of the Contemporary*, Princeton: Princeton University Press, 2007.
- RAPPAPORT, Roy: *Cerdos para los antepasados. El ritual en la ecología de un pueblo de Nueva Guinea*, Madrid: S. XXI, 1987.
- ROSALDO, Renato: *Cultura y verdad. La reconstrucción del análisis social*, Quito: Abya-Yala, 2000.
- ROSE, Nikolas: *Powers of Freedom. Reframing Political Thought*, Cambridge: Cambridge University Press, 1999.
- ROSEBERRY, William: «Political Economy», *Annual Review of Anthropology*, 26, 1988, pp. 161-185.
- SÁNCHEZ MARTÍNEZ, José D.; ORTEGA RUIZ, Antonio: «El monocultivo olivarero jiennense: conformación histórica, valores patrimoniales y proyección cultural-turística», *Cuadernos de turismo*, 37, 2016, pp. 377-402.
- SÁNCHEZ MARTÍNEZ, José D.; GALLEGO SIMÓN, Vicente J.; ARAQUE JIMÉNEZ, Eduardo: «El olivar andaluz y sus transformaciones recientes», *Estudios geográficos*, 72, 2011, pp. 203-229.
- SCHRIEWER, Klaus: *Ecologismo y naturaleza. Percepción y concepto de naturaleza en el movimiento de protección ambiental en Alemania*, Murcia: Isabor, 2012.

SIMONDON, George: *El modo de existencia de los objetos técnicos*, Buenos Aires: Amorrortu, 2007.

TAUSSIG, Michael: *El diablo y el fetichismo de la mercancía en Sudamérica*, México DF: Nueva Imagen, 1993.

WALLERSTEIN, Immanuel: *El moderno sistema mundial*, Madrid: S. XXI, 1989.

WOLF, Eric: *Europa y la gente sin historia*, México DF: FCE, 1982.